



V CONGRESO LATINOAMERICANO DE OBSTETRICIA
Y GINECOLOGIA DE LA INFANCIA Y DE LA ADOLESCENCIA
II CONGRESO URUGUAYO DE GINECOLOGIA DE LA INFANCIA
Y LA ADOLESCENCIA



Centro de Convenciones - Hotel Victoria Plaza
14 al 17 de Mayo de 1997
Montevideo, Uruguay

Comisión Directiva

PRESIDENTE

Dr. José Enrique Pons

VICEPRESIDENTES

Dra. Inés Martínez

Dra. Selva Lima

SECRETARIA

Dr. María Luisa Barri

PRO SECRETARIA

Dra. Stella Sollier

TESORERO

Dr. Gustavo Gallino

PROTESORERA

Dra. Marianela Lourido

VOCALES

Dra. Estela Conselo

Dra. María Teresa Zuccarino

Dr. Roberto Sergio

COMITE CIENTIFICO

Dr. Alvaro Da Cunha Bastos (BRASIL)

Dr. Ramiro Molina (CHILE)

Dr. Antonio Perera Pérez (VENEZUELA)

Dr. Jaime Polto (URUGUAY)

Dr. Juan Carlos Reyes (URUGUAY)

COMITE EJECUTIVO DE ALOGIA

Presidente

Dr. José María Méndez Ribas

Secretaría

Dra. Beatriz Pereyra Pacheco

Tesorera

Dra. Ana Coll

Organizado

por la Sociedad Uruguaya de Ginecología
de la Infancia y la Adolescencia (SUGIA) y
la Asociación Latinoamericana de Obstetricia y
Ginecología de la Infancia y la Adolescencia (ALOGIA)

Co-Auspiciado

por la Federación Internacional de
Ginecología Infantil y Juvenil (FIGIJ)

Montevideo, 17 de Mayo de 1997.

Se deja constancia que en el

V CONGRESO LATINOAMERICANO DE OBSTETRICIA Y
GINECOLOGIA DE LA INFANCIA Y DE LA ADOLESCENCIA
II CONGRESO URUGUAYO DE GINECOLOGIA DE LA
INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

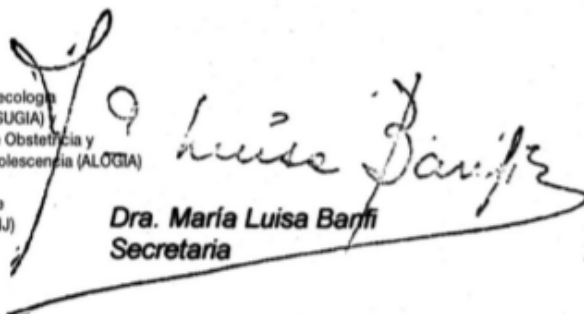
que se llevaron a cabo del 14 al 17 de Mayo de 1997, en el
Centro de Convenciones del Hotel Victoria Plaza.

PROF. JOSE PEDRO BARRAN

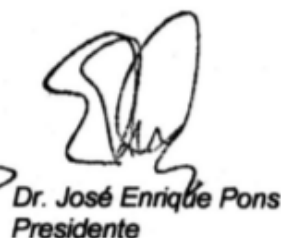
ha participado en calidad de

Conferencista con el Tema:

**"LA ADOLESCENCIA ¿UNA CREACION DE LA
MODERNIDAD?"**



Dra. María Luisa Barri
Secretaria



Dr. José Enrique Pons
Presidente

INFORMES: Personas S.R.L. - Suipacha1861
Tels.: 481015 Fax: 482951
Montevideo - Uruguay

GYNERA
Schering

Barrán y el poder médico

Alvaro Díaz Berenguer¹

Facultad de Medicina - Universidad de la
República

“quien siga su obra verá siempre como objeto de estudio los poderes, y verá siempre -porque no puede ocultarlo-, su desconfianza profunda hacia el poder (...) sea el poder de los estancieros, del imperio británico, del Estado, de aquellos que controlan la vida privada, de los médicos o de la iglesia, de los dominadores”.

Gerardo Caetano



217

Sin duda que anda empujado por la pasión y contenido por el rigor, analizando desde distintos puntos de vista a la vez, hasta el más mínimo detalle, lo que hace de José Pedro Barrán el mejor observador que hasta ahora haya tenido el Uruguay sobre su devenir histórico. Es alumno de Pivel Devoto, al que reconoce como su maestro, pero como todo buen alumno se separa de aquel para construir su propio camino.

Dice José Pedro Barrán:

En *Las raíces coloniales de la revolución artiguista*, de 1952, Pivel estudiaba ya los orígenes sociales y económicos del pensamiento artiguista. Pero él estaba centrado sobre todo en la historia política, era su obsesión, y nosotros en aquella época queríamos hacer otro tipo de análisis y renegábamos de ese padre y esas formas. (Markarian y Yaffé, 2010)

1. Alvaro Díaz Berenguer es doctor en Medicina por la UDELAR, especializado en Medicina Interna. Profesor Agregado de Clínica Médica en el Hospital Pasteur. Integra la Comisión de Seguridad del Paciente y Prevención del Error Médico del MSP. Como ensayista es autor de los siguientes libros: *Medicina y Literatura* en coautoría con el Prof. José Pedro Díaz (1997), *La Medicina Desalmada* (2004), *El Narcisismo en la Medicina contemporánea* (2010), *La Medicina y el Sufrimiento* (2012). Es coordinador de la columna Medicina y Sociedad de la Revista Archivos de Medicina Interna y colaborador del semanario *Brecha*.

Se podría decir que descubre en la historia esa microhistoria necesaria para ver al habitante de este país, como tal, inmerso en su condición. Dice Barrán:

Porque si el hombre es parte de sus secretos, la Historia es parte de los hombres, y los hombres son seres de carne y hueso, concretos. Si no tomas en cuenta la microhistoria, la Historia en reducida escala de observación para el individuo, y haces solo macrohistoria, la historia de la economía, la sociedad, las clases, incluso de la sensibilidad colectiva, tienes una visión inexacta del proceso histórico, donde el hombre, el individuo parece una marioneta, y nunca lo es, tenemos más independencia y libertad, por suerte, de la que creemos (Escanlar, 2009).

Barrán es un observador del ser humano ante todo.

Nos detendremos aquí en una faceta particular de su trabajo: la observación del ser humano desde el ángulo de la Medicina, que revela a través de *Medicina y Sociedad en el Uruguay del Novecientos*, que es una secuencia de tres tomos que comienza con *El poder de curar* (Tomo 1) donde expone los hechos y una hipótesis sobre el “cambio de sensibilidad” así como la caracterización del poder médico; sigue con la *Ortopedia de los pobres* (Tomo 2), donde analiza este poder en relación a los “sectores dominados de la sociedad: las clases populares, la mujer, los adolescentes, los homosexuales”; y culmina con *La invención del cuerpo* (Tomo 3), donde muestra al saber laico como constructor o coeditor de los “conceptos dominantes de la sociedad”. En ellos el poder es tema central. Y cuando se analiza el tema del poder está implícito el análisis ético. La moral comienza cuando entra en escena el prójimo, lo que se hace inmediatamente presente cuando hablamos de imposición y sumisión.

La definición de poder se basa en la facultad para hacer algo, en la fuerza o potencia capaz de generar una acción transformadora. Esta fuerza puede estar dirigida contra las cosas o contra otros seres. Cuando se enfoca la historia del poder, se enfoca la relación ética entre los hombres. El poder es una de las bases de la organización de las sociedades con una doble función: interviene en las libertades y las obligaciones. Esto es evidente sobre todo cuando se toma al Poder del Gobierno o al Poder Judicial. Si bien es posible ver una estratificación del poder en clases, según aspectos económicos, también influyen otros elementos, entre los que se destacan los saberes, y dentro de estos el saber médico.

El simple hecho de mirar es un acto de poder, y por el contrario, evitar la mirada un acto de sumisión. A los reyes no se los podía mirar; tampoco a Moctezuma, el azteca; sería un acto de irreverencia. A través de la mirada se posee, se domina, se sabe lo que ocurre. De igual manera que el mirar, el saber por sí solo es una herramienta de dominación. Hay muchas formas de mirar, que se vinculan también con formas de saber.



En la consideración del surgimiento del poder médico, es necesario tener presente algunos puntos de vista de Michel Foucault, uno de los pensadores franceses en los que se inspira Barrán. Según Foucault, durante el siglo XIX surge una nueva forma de ordenamiento social; se pasa de una sociedad de espectáculo a una sociedad de vigilancia, lo que está directamente vinculado con el “disciplinamiento”:

[...] el asilo psiquiátrico, la penitenciaría, el correccional, el establecimiento de la educación vigilada, y por una parte los hospitales, de manera general todas las instancias de control individual, funcionan de doble modo: el de la división binaria y la marcación (loco – no loco; peligroso – inofensivo; normal – anormal); y el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; por qué caracterizarlo; cómo reconocerlo; cómo ejercer sobre él, de manera individual, una vigilancia constante, etc.).

Y sigue con la descripción de lo que se conoce como “panoptismo”, basándose en una estructura arquitectónica carcelaria (el Panóptico de Bentham) que permite controlar a través de la visión directa y constante cada uno de los movimientos de los sujetos allí encerrados (Foucault, 203). Foucault propone este modelo metafórico para postular que hacia fines del siglo XIX, este control se ejerce permanente sobre cada uno de los individuos que componen la sociedad y que presuntamente se encuentran en libertad.

Para Foucault el surgimiento del panoptismo viene de la mano del orden y de la disciplina. José Pedro Barrán analiza la sociedad uruguaya del cambio de siglo, y en particular lo que ocurre con la Medicina, partiendo de estos postulados foucaultianos. Como hechos fundamentales plantea que el médico, y su materia la salud, adquieren hacia el novecientos un lugar destacado en la sociedad; al mismo tiempo el profesional se transforma en un vigilante social. Lo primero que muestra es el ascenso de la figura del médico como referente social ineludible. Afirma que ante el terror de la epidemia en el siglo XVII el médico era solo “un ser a mencionar entre otros”, mientras que en el 900 existe una “obsesión personal por la salud”.

Dice Barrán:

Hemos pasado en doscientos años, del terror social al cuidado individual, del protagonismo de la epidemia al de la salud, del médico como figura accidental y esporádica, a su saber (y su poder, en consecuencia) invadiéndolo todo, la enfermedad y la salud, las ideas y las conductas, la razón y también la locura [...] De esos cambios quiere tratar esta historia (1992,10).

La propuesta fundamental del nacimiento del poder médico en el Uruguay, de sus orígenes y de sus consecuencias, recibe influencias del “análisis foucaultiano” de la historia, a través del cual toman jerarquía el saber científico asociado al disciplinamiento social en materia de salud, y consigo distintas formas de castigo, interferencias profundas en la sexualidad, cambios conceptuales de la locura y las enfermedades, todo asociado a un cambio de la sensibilidad. Al igual que Foucault, definido alguna vez como “pensador sísmico”, Barrán hace temblar la tierra, pero a la vez que derrumba también reconstruye y proyecta hacia la actualidad. Recoge también la influencia francesa, en la línea de Philippe Ariès, al construir los conceptos fundamentales del cambio de la sensibilidad en el Novecientos uruguayo (cambios en el conjunto de valores, formas de sentir, gustos, deseos, de la sociedad).

Uno de los hechos más destacados de su obra es la claridad con la que expresa el reemplazo de la figura normatizadora del religioso, por la del médico. Dice Barrán: “el cura fue sustituido por el médico en la dirección de las conciencias individuales”. Y añade: “la entronización de la salud como el Bien significó dar muerte a Dios y dar vida al cuerpo” (1992, 11).

Pone en evidencia el tránsito de la sociedad bárbara del XIX a la sociedad disciplinada del siglo XX; sobre la base de la exposición de los elementos que surgen de su laboriosa investigación, Barrán muestra cómo la sociedad uruguaya pasa de la relativa insensibilidad ante el dolor, la enfermedad y la muerte de una cultura bárbara, en donde el médico era casi un observador, a una cultura en donde el dolor, la enfermedad y la muerte se transforman en situaciones omnipresentes, angustiosas y dignas de ser atendidas, por lo que el médico pasa entonces a ocupar un lugar privilegiado.

Destaca la supremacía del poder médico sobre el resto de poderes y saberes (“a todos los cuales infiltró cuando no dominó”), como uno de los fenómenos culturales “más definitorios” del siglo XX. Como hipótesis fundamental plantea que el poder médico “fue uno de los primeros poderes que en el Novecientos emanó del saber, de la ciencia, es decir, de la forma cultural que asumió la verdad”, asociado al poder burgués y al poder masculino.

La presencia de Michel Foucault, en la forma de interpretar la historia y descubrir el juego de los poderes en la sociedad del 900 es notoria, influencia que Barrán reconoce y confiesa abiertamente haber recibido “al final de (su) mi formación intelectual”¹ (Barrán encarna, siguiendo a Foucault, el cuerpo de una “historiografía crítica”), pero lo que es propio y extraordinariamente original en Barrán es la profundidad del análisis y la exposición de una nueva historia del Uruguay.

En una conversación informal con él, luego de una presentación de estos temas a los estudiantes de medicina, mientras lo llevaba en auto

a su casa, confesó haberse dejado llevar en demasía por la influencia de Foucault y haber caído en una excesiva consideración negativa del poder médico del Novecientos.

Cuando se le pregunta por los libros donde enfoca la medicalización de la sociedad, Barrán responde:

Bueno, ahí la deuda con Foucault es grande, a veces demasiado, sobre todo en el segundo tomo. El mejor es el tercero, *La construcción del cuerpo*. El primero es muy impresionista. Yo escribo de más, debería seguir el consejo de Flaubert, reducir el número de páginas y de oraciones, sobre todo en el tomo segundo (1999, 118).

Miguel Morey plantea que el decir el presente y pensar de otro modo definen la tarea de Foucault (1999, 118). Esto requiere de una ruptura con la normalidad, diciendo algo en contra de lo que se dice; romper la inercia de lo normatizado. Más allá de esta observación a propósito de Foucault, toda nueva forma de observar la realidad es la característica esencial de un pensador, sea científico, filósofo o historiador, más allá de las influencias. Un cambio en la forma de observar los hechos, es el camino o punto de vista más destacable en José Pedro Barrán. No es un simple relato de sucesos, enumerados, ordenados, explicados por la concatenación, sino enraizados en un por qué individual, sobre una búsqueda sistemática de la pérdida de la libertad de los individuos en todos los terrenos, lo que trae aparejado permanentemente implicancias éticas. Analiza el surgimiento de nuevas concepciones de lo referente al ser humano, y aquí la medicina ocupa un lugar preponderante.

Pierre Macherey en sus observaciones sobre Foucault dice que “lo que sin duda más preocupó a Foucault fue comprender cómo la acción de las normas en la vida de los hombres determina el tipo de sociedad a la que ellos pertenecen como sujetos”(180); cómo estos sujetos son incluidos o excluidos del conjunto; cómo estas normas surgen del saber, fundamentalmente derivado de las ciencias humanas. Foucault no utiliza el clásico análisis marxista de la historia proyectando los medios de producción sobre la ideología, y la explotación del hombre por el hombre sobre una matriz productiva. Barrán adopta una óptica similar sin descuidar sin embargo, los postulados marxistas, develando saberes y normas, inclusiones y exclusiones de los sujetos de la sociedad del novecientos, mostrando nuevas concepciones en torno a la existencia del ser del Novecientos, y lo hace desde el análisis de los poderes en juego.

Barrán no es un historiador marxista; según él:

Un buen historiador marxista, que por supuesto los hay, diría que el sujeto está dentro de un contexto. Y que para entenderlo hay que situarlo

dentro de ese contexto. Y yo estoy de acuerdo con eso, siempre y cuando no considere que el contexto lo determina (Escanlar, 2009).

Las conclusiones de Barrán, muchas a modo de hipótesis, surgen de una maravillosa, rica, prolija, exhaustiva y rigurosa documentación (a la que él se refería como sus “ladrillos”), sin duda uno de los aportes más valiosos de su trabajo y los que hacen tan amena su lectura, pero que al mismo tiempo provocan el mismo efecto que los terremotos.

No podemos dejar de citar a Barrán con respecto a esos “ladrillos” y a la necesidad del rigor en el manejo de la documentación:

Pivel nos dio sobre todo la idea de que para hacer historia hay que primero (y segundo y tercero) investigar las fuentes primarias. Era muy exigente y minucioso: hay que tener primero los ladrillos para después atreverse a edificar la casa. Y los ladrillos eran los documentos, a los que había que seleccionar e interpretar y, ahora lo sé, leer del derecho, del revés, con el amor con que se escruta el cuerpo amado (y el propio cuando se le teme) (Markariany Yaffé, 180).



En la construcción de esa casa de la historia, como dice Miguel Morey con respecto a Foucault pero aplicable a Barrán, se pone “en guardia contra las inercias que nos hacen decir lo que hay que decir”. José Pedro Barrán es un analista crítico de lo que la sociedad presupone, de los paradigmas de turno. Descubre así la relación de los hombres entre sí, develando la opresión e iluminando los eventuales rincones de la libertad humana. Descubre nuevos objetos inmateriales de lo humano, entrometiéndose detrás de la escena y mostrando así lo que está detrás de los bastidores: nuevos símbolos y nuevos mitos.

El análisis de Barrán no está centrado en los personajes históricos particulares de los médicos a los que cita, sino en las situaciones problemáticas históricas que ellos representan. Así cada cita no está simplemente referida al ser humano concreto sino enraizado en condiciones propias y en su situación histórica dentro de los procesos sociales.

Barrán muestra los cambios de la Medicina del Uruguay del 900 como una avanzada de lo que luego ocurrirá en el contexto latinoamericano:

No conocemos el ritmo de la medicalización en el resto de América Latina, pero la pequeñez y uniformidad relativa del territorio uruguayo, así como el carácter migratorio europeo de buena parte de su población, abonaron la originalidad, es decir, la rapidez del proceso, y su precocidad. [...] El saber europeo fue importado con increíble velocidad por el Uruguay. (Barrán: 1992, 61).

Marca el endiosamiento del médico y el nacimiento de la “clase médica”, junto con el “ejercicio del poder, la soberbia del saber, la solidaridad absoluta entre ellos”. Muestra claramente el nacimiento del poder corporativo de los médicos, y junto con el poder económico que ubicó a este profesional entre los individuos adinerados de la sociedad uruguaya de principios de siglo y más allá.

En este proceso de medicalización de la sociedad que advierte Barrán, se descubre al cuerpo sano y limpio, enfrentado a la sífilis, a la tuberculosis, que por esos tiempos hacían estragos. Ese cuerpo es una nueva forma de interpretar la existencia del ser en la Naturaleza: “El cuerpo era como una plaza sitiada por los microbios”(147). Y como afirma luego, “todo era sífilis”. Es lógico entonces el nacimiento de la higiene del cuerpo como premisa fundamental de la salud. Es el momento de la influencia de la bacteriología impulsada por Louis Pasteur.

Pero no solo la salud del cuerpo cayó según Barrán bajo la égida del poder médico, sino también la salud mental: el médico “era el único capaz de certificar la normalidad mental” disputando así al juez la capacidad de distinguir entre un loco y un criminal. Según Barrán:

“El saber lo convirtió en el único poder capaz de leer el cuerpo y el alma y también en el único capaz de legislar sobre la salud física y mental de los hombres, la más alta preocupación de cualquier política en la sociedad del Novecientos”(1992, 147).

Con su agudo olfato nos muestra cómo ese poder buscó la obediencia y el sometimiento y así “sanos y enfermos, por endiosar la salud, pidieron ser dominados. Uno de los resultados habituales fue la infantilización del enfermo hasta la legitimación del uso del terror por el médico”(194). La sola presencia médica era sanadora y los médicos lo descubrieron. Barrán afirma:

“La verdadera ciencia del hombre era la Medicina, por lo cual los médicos eran los “apóstoles” de la nueva teoría de la salvación personal y colectiva, a quienes debían, “allanárseles todos los caminos”, al decir de Francisco Soca en 1901.”(197)

Este poder obnubiló, según Barrán, la sensibilidad para con los sufrimientos:

El saber médico también insistió en dudar de las percepciones del paciente y preferir las propias. Las sensaciones de dolor, los estados de bienestar o malestar, fueron devaluados como síntomas. La salud pasó a ser un hecho certificable por su oficiante. Más valía el resultado de un análisis de sangre que la percepción personal del analizado sobre su salud (203).

Ese poder también se permitió invadir la privacidad de los pacientes, pero todo eso estaba permitido porque el médico personificaba a la ciencia y el paciente esperaba todo de él:

Esas miradas que veían pubis, esas manos que abrían vientres, esos oídos que escuchaban confesiones y las transformaban en síntomas, eran los de la ciencia. Esos cuerpos que se exhibían desnudos, esos vientres que se ofrecían, esos labios que relataban sus secretos, eran los de quienes imploraban la salud (213).

En *La ortopedia de los pobres*, Barrán enfoca la atención médica de los marginados, pobres, locos y mujeres sobre la base del poder de la clase médica sustentado en su saber, que ya había demostrado en el volumen anterior, en una sociedad por su parte dividida en clases, géneros, y por la cultura. Allí afirma que: “el Hospital también fue un recreador del orden social y sus jerarquías”, y añade:

El poder y saber médicos implicaban el uso del cuerpo del paciente para la experimentación y el aprendizaje. Pero en aquella sociedad, ese cuerpo era inevitablemente el del pobre, y ciertos excesos de la experimentación y el aprendizaje se nutrían de esa circunstancia. El desprecio por el tiempo y los sentimientos era un tic social que en el Novecientos compartían los médicos con los patrones de obreros y las patronas de sirvientas (Barrán: 1994,28).

El cuerpo era el objeto de estudio, tanto vivo como muerto, pero en ambos casos era el cuerpo de las clases menos pudientes de la sociedad. A comienzos del siglo XX ingresaban 400 cadáveres al año a la Facultad de Medicina para su estudio anatómico, que provenían de Hospitales y Asilos; se estudiaba el cuerpo de los pobres.

El Hospital se organizaba, como reflejo del “poder médico disciplinador”, como una escuela de conductas. Barrán marca cómo se usaban los términos de la disciplina militar, tales como “acatar” u “órdenes recibidas”, revelando según él “sugestivas coincidencias entre poder médico y poder castrense”.

El “Sifilocomio-cárcel”, las palabras lo dicen todo, era el lugar de reclusión de las prostitutas enfermas donde las internas eran sometidas a un “estrecho disciplinamiento higiénico-moral”. Se las vestía incluso con el “patriótico uniforme azul y blanco a usar durante su permanencia”.

Dice Barrán: “El cuerpo de las prostitutas era para estos facultativos una verdadera ‘cloaca’ –así fueron definidos sus órganos genitales– y simbolizaba la suciedad dominante en los sectores populares” (79).

Muestra cómo la medicina de la época tenía una misión salvadora de los males de pobres sobre la base del disciplinamiento casi militar:



En su esencia misma, aquel saber médico era iluminista, poseía un sentido misional: debía conducir al hombre a la salud, un estado derivado de la observancia de principios aprendidos y no intuitivos. [...] el poder médico fue un educador como la escuela valeriana, la fábrica o la Iglesia Católica.

En relación a la salud/enfermedad revela cómo se consideraba que los humildes eran ignorantes y supersticiosos; cómo en el mundo médico positivista regido por la Razón no cabía la magia: ni los curanderos, ni la aplicación del saber popular de los yuyos. “El médico debía ser un cruzado de una nueva religión, la de la salud, y disipar con su saber la tinieblas de la superstición popular” (159).

En *La invención del cuerpo* Barrán pone de manifiesto la concepción imperante de la mujer, del aparato reproductor femenino y de la sociedad patriarcal y machista, que se proyecta desde el poder médico, y junto con ello, una nueva moral basada en el cuidado del cuerpo.

Propone que en esa época no se admitían los matices, sino que se pensaba “en términos de contrarios”; era una necesidad cultural derivada del positivismo y de la Ciencia. Por tanto era necesario “definir con nitidez y separar lo patológico de lo sano, lo cuerdo de lo loco, lo masculino de lo femenino”. Para Barrán en el Novecientos se necesitaba pensar “en términos de contrarios”, “de tajantes oposiciones” para darle seguridad a una sociedad en donde se tambaleaban los roles clásicos de la femineidad, y por tanto de la masculinidad, donde Freud introducía variantes en el límite entre cordura y locura.

Barrán propone que la nueva moral que nace en el Novecientos no se distancia de la que la precede en términos de lo que se debe o no se debe, sino de las razones que la respaldan: si antes era evitar el pecado ahora era por el imperio de la razón científica.

Un punto especial en el que nos detendremos, es el cambio que advierte Barrán en relación al sufrimiento y la muerte del cuerpo:

El saber médico trasmutó al dolor y la muerte en meros síntomas descriptibles, clasificables y hasta evitables, cuando antes eran –según siendo para otros protagonistas de aquella cultura–. Vivencias cargadas de sentidos morales diversos o angustias ligadas a la esencia de lo humano”. (...)

El dolor, en verdad, había perdido casi todo el sentido de aquella cultura –que es la muestra en ese plano–; curable, se había vuelto intolerable, innecesario, carente de significación moral, solo cabía eliminarlo anestesiándolo, o estudiarlo para que guiara el conocimiento de la enfermedad.

El dolor pasó a ser “síntoma” o “complicación” y dejó de significar “virtud”, “virilidad”, “ofrecimiento a Dios”, “sacrificio” (Barrán: 1995, 288-289).



No creemos que las enfermedades que Barrán arrastró durante unos cuantos años, influyeran en su óptica sobre la medicina. Como su médico, me atrevo a describirlo como un paciente ejemplar, de los que da gusto tratar. No solo porque cada encuentro significaba para mí un enriquecimiento personal, sino porque “acataba” las indicaciones al pie de la letra y mostraba plena confianza en los médicos en general. Su visión tan crítica de la Medicina del Novecientos no afloraba en ningún momento en el trato como paciente. Recuerdo que más de una vez me dijo (tal vez no con las mismas palabras): “de ti depende mantenerme con vida”.

No hemos encontrado en sus textos referencias a su enfermedad; solo una frase en un reportaje que deja deslizar algo de lo que le sucede: “el amor con que se escruta el cuerpo amado (y el propio cuando se le teme)” (Markarián y Yafé, 180); teme a su cuerpo enfermo, al cual ve como poseído por un mal y lo deja en manos de su médico.

Asumió sus enfermedades y el paso del tiempo con particular serenidad y sabiduría, algo de lo cual se refleja en la Introducción al libro *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos* (2008): “La vejez conduce a escribir con cierto desparpajo, crea un clima receptivo para que se produzcan encuentros entre la intimidad de los otros y la propia” (8).

Allí el propio Barrán analiza los por qué del cambio en su percepción de la historia: “comencé a escribir otro tipo de Historia, preocupada por las mentalidades de los sujetos concretos de carne y hueso que las protagonizaban.” Y dice: “De seguro, la explicación de estos aparentes o reales desfases, se halla tanto en el ‘afuera’ como en mí”. Afirma que en el comienzo del siglo XXI lo público y lo privado “pueden estudiarse por separado o vincularse sin vergüenza” (...) “La historiografía hace ya varias décadas que asumió el estudio de la interioridad de los individuos”. Confiesa también que “Probablemente haya influido también en esta legitimación contemporánea del análisis de lo personal, el ocaso de la experiencia del socialismo soviético y del imperio ideológico del marxismo”.

También dice Barrán:

Los historiadores casi nunca pasamos al dormitorio, con sus sueños y pesadillas, y olvidamos que a las horas del día y la luz, en que ocurre casi siempre lo macro, sucede la noche, en la que todo puede estallar y esa explosión repercutir en el día.

Si bien la intención del presente trabajo no busca entrometerse en las distintas corrientes historiográficas de los últimos 50 años, sus motivaciones y consecuencias, es importante señalar que la óptica de Barrán es la de su propio tiempo, la de fines del siglo XX, plena de

contradicciones y desconciertos, en donde la tendencia positivista se ve enfrentada a la necesidad de la subjetividad. Pareciera que para él la verdad estuviera en la intimidad.

El momento histórico en que Barrán realiza sus observaciones, se caracteriza por la revisión crítica de la organización social con un ánimo democratizador casi hasta el infinito. La sociedad occidental de las últimas décadas del siglo XX se convirtió en iconoclasta; duda de todo poder establecido. Cae el ícono de la Unión Soviética y del imperio de la interpretación marxista de la historia como él mismo lo reconoce.

Desconozco si Barrán había leído a Iván Ilich, que en la década del setenta publicó su libro *Némesis médica*, donde afirmaba que la Medicina no era la salvadora universal donde Occidente había depositado toda la confianza desde principio de siglo, sino que era capaz de provocar enfermedades, e incluso matar a una proporción importante de personas. También desconozco si Barrán tomó contacto con la confirmación de esos hechos a fines del siglo XX, cuando se publicó en Estados Unidos *Errar es humano*, una investigación ordenada por Bill Clinton para analizar la importancia de los errores médicos. Allí se afirmaba que los errores médicos causan gran cantidad de perjuicios y muertes, lo que provocó una repercusión de enormes proporciones en la opinión pública, y un divorcio creciente entre médicos y sociedad. Este divorcio entre la esperanza puesta en la Ciencia como un nuevo Dios y la realidad de la Medicina práctica de eficacia relativa y plagada de errores, que provocó la “judicialización” de la medicina por un lado y la “medicina a la defensiva” por el otro, estaba naciendo en el entorno de Barrán cuando analizaba el poder médico en el Novecientos. Judicialización porque ante el desenlace desafortunado de la enfermedad de un paciente, se culpa casi sistemáticamente al profesional actuante lo que termina en demandas judiciales. Por otro lado, los médicos actúan muchas veces guiados por el temor a la demanda más que por la propia enfermedad que están tratando: es lo que se conoce como medicina a la defensiva.

Estos hechos si bien no son referidos por Barrán, probablemente subyacen en la consideración crítica que él hace de la problemática médica. Si bien en el Novecientos el poder médico al que se refiere Barrán está vinculado con un fenómeno cultural, persiste subyacente hasta el presente ahora arrollado por el poder tecnológico y las empresas que están detrás, lo que genera por momentos desconciertos éticos de enormes proporciones. Si en el Novecientos la medicina era “moralizadora”, pareciera que en el dos mil se comienza a comportar como “desmoralizadora”. Según José María Ceriani Cernadas “en este proceso del avance inusitado de la ciencia y la tecnología, no es nada sencillo diferenciar lo bueno de lo malo” (267).

En este ambiente surgen las opiniones de José Pedro Barrán, que tienen por un lado un terreno fértil para insertarse en una opinión

pública ávida por derrumbar el poder médico, ávida por las intimidaciones, mientras que por otro lado sus observaciones despiertan la resistencia de la clase médica que se ve asediada por una sociedad desconfiada.

A pesar de las resistencias que despertaron inicialmente las observaciones de Barrán, paulatinamente la clase médica comienza a tomarlas como necesarias para poder interpretar nuestro presente; nos ayudan a los médicos a descubrir el origen de nuestra posición social y a saber lo que se espera de nosotros. Nos muestran, de una forma original, las distintas relaciones de nuestra profesión con la sociedad, que son extrapolables en gran medida al presente, aunque con nuevos ingredientes. Barrán nos brinda un camino para el análisis ético de lo que hacemos. Con él advertimos nuestro poder y sus riesgos; nos descubrimos a nosotros mismos dictaminando criterios de normalidad y anormalidad, de inclusión o exclusión social, creando nuevas concepciones mitológicas del cuerpo.

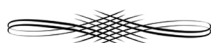
En la Facultad de Medicina pudimos tener contactos fugaces con él, a través de algunos encuentros extracurriculares o en algún Congreso Médico. Creo que todavía los estudiantes de medicina y los médicos en general, desconocemos en profundidad la obra de José Pedro Barrán, lo que debería corregirse en las próximas generaciones, ya que es un pilar ineludible en la formación del médico de hoy.

Si bien su análisis histórico se remonta a cien años atrás, la realidad actual no puede ser interpretada si no la vemos surgiendo de aquella otra. Aceptar las implicaciones éticas que se derivan de las observaciones que Barrán hace del pasado reciente de nuestra profesión, nos cuesta, porque gran parte de ellas se pueden hacer en la actualidad. Y como ocurre con la verdad en el terreno psicoanalítico, que se oculta sistemáticamente por ser moralmente insoportable, lo mismo ocurre en el terreno social con las situaciones que se desprenden del poder médico. Esta, tal vez, es la explicación por la cual todavía en la Facultad de Medicina no hay cursos curriculares que abarquen esta temática.

La creciente influencia científico-técnica del último siglo ha desplazado, u obnubilado, la consideración humana de los pacientes, lo que ha generado una medicina "amoral". El estudio de materias humanísticas, y entre estas de la historia, debería tener un lugar destacado en la formación médica para permitir recobrar el sentido humano de la profesión. José María Ceriani Cernadas se pregunta y se responde: "¿Cómo podríamos reaccionar ante la crisis del humanismo?" (267). La respuesta nos la dio Karl Jaspers hace unos cincuenta años: "Seguir con la idea de que la medicina se basa en la ciencia y en el humanismo. Esta asociación es eterna, pero no existe por sí misma, necesita constante renovación". (268).

La memoria y la historia dan unidad y coherencia a las sociedades; permiten su integración y sentido ético. La medicina es una disciplina esencialmente ética por lo que el conocimiento y evaluación de su

historia es clave para que su ejercicio encuentre un fin humano. En la construcción de la visión crítica de esta historia en el Uruguay, Barrán fue y es un historiador fundamental. Para cumplir con la necesaria renovación constante de la medicina, se requiere incorporar a José Pedro Barrán en la formación académica de la profesión.



BARRÁN José Pedro. *Intimidación, Divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Introducción, Montevideo: Ed. Banda Oriental, 2008.

_____. *El novecientos hacia el monopolio médico de curar. Medicina y Sociedad en el novecientos. (I) El poder de curar*. Ed. Banda Oriental. 1992.

_____. *La invención del cuerpo (3) Medicina y sociedad en el Novecientos*. La medicina del Novecientos como exorcismo. Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1995.

_____. *La ortopedia de los pobres (II) Medicina y sociedad en el Novecientos. Dispensario y Hospital: cura y disciplinamiento de los pobres*. Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1994.

_____. *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos. El Poder de Curar*, Montevideo: Ed. Banda Oriental: 1992.

CERIANI Cernadas, José maría. Los cambios en el ejercicio de la medicina, su influencia en la profesión médica y en el cuidado de la salud. En *¿Por qué ser médico hoy?* Buenos Aires: Ed. Libros del zorzal, 2009.

ESCANLAR, Gustavo. José Pedro Barrán, historiador de la mentalidad uruguaya. en la *Revista Galería*. 2 de abril del 2009.

FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* Argentina: Ed. Siglo XXI: 2002.

ILICH, Ivan. *Medical Nemesis. The expropriation of Health*. London: Calder & Boyars. 1974.

MARKARIAN, Vania; Yaffé, Jaime. *José Pedro Barrán: “¿Cómo pude haber escrito esto?”* Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX | Volumen 1, Año 1, 2010, ISSN: 1688-7638

MCHEREY, Pierre. Sobre una historia natural de las normas. En *Michel Foucault filósofo*. E. Balbier. G. Deleuze. H.L. Dreyfus. M. Frank. A. Glücksmann y otros. Barcelona: Gedisa 1999.

MOREY, Miguel. Sobre el estilo filosófico de Michael Foucault. Una crítica de lo normal. En *Michel Foucault filósofo*. E. Balbier. G. Deleuze. H.L. Dreyfus. M. Frank. A. Glücksmann y otros. Barcelona: Gedisa: 1999.

